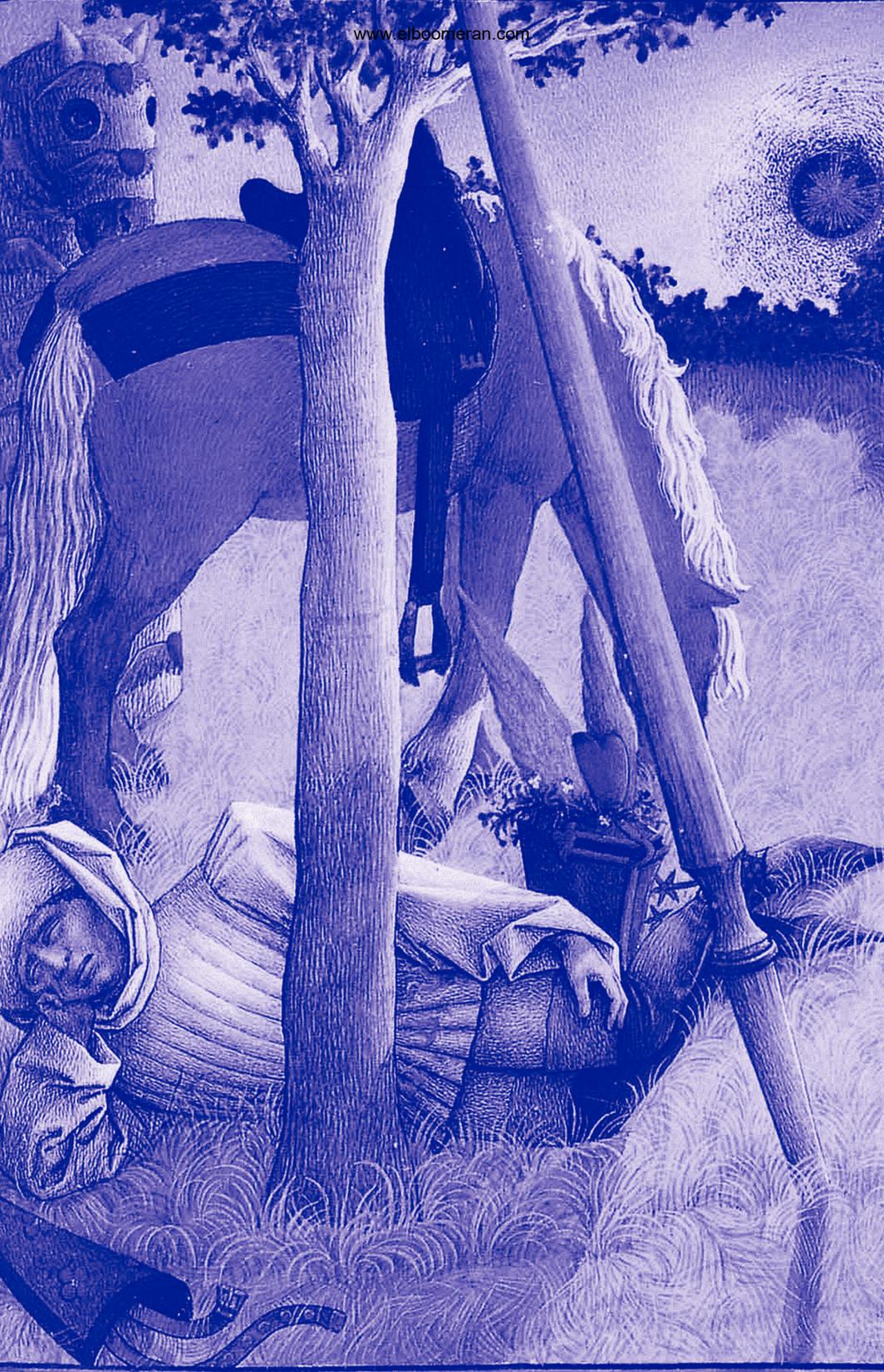
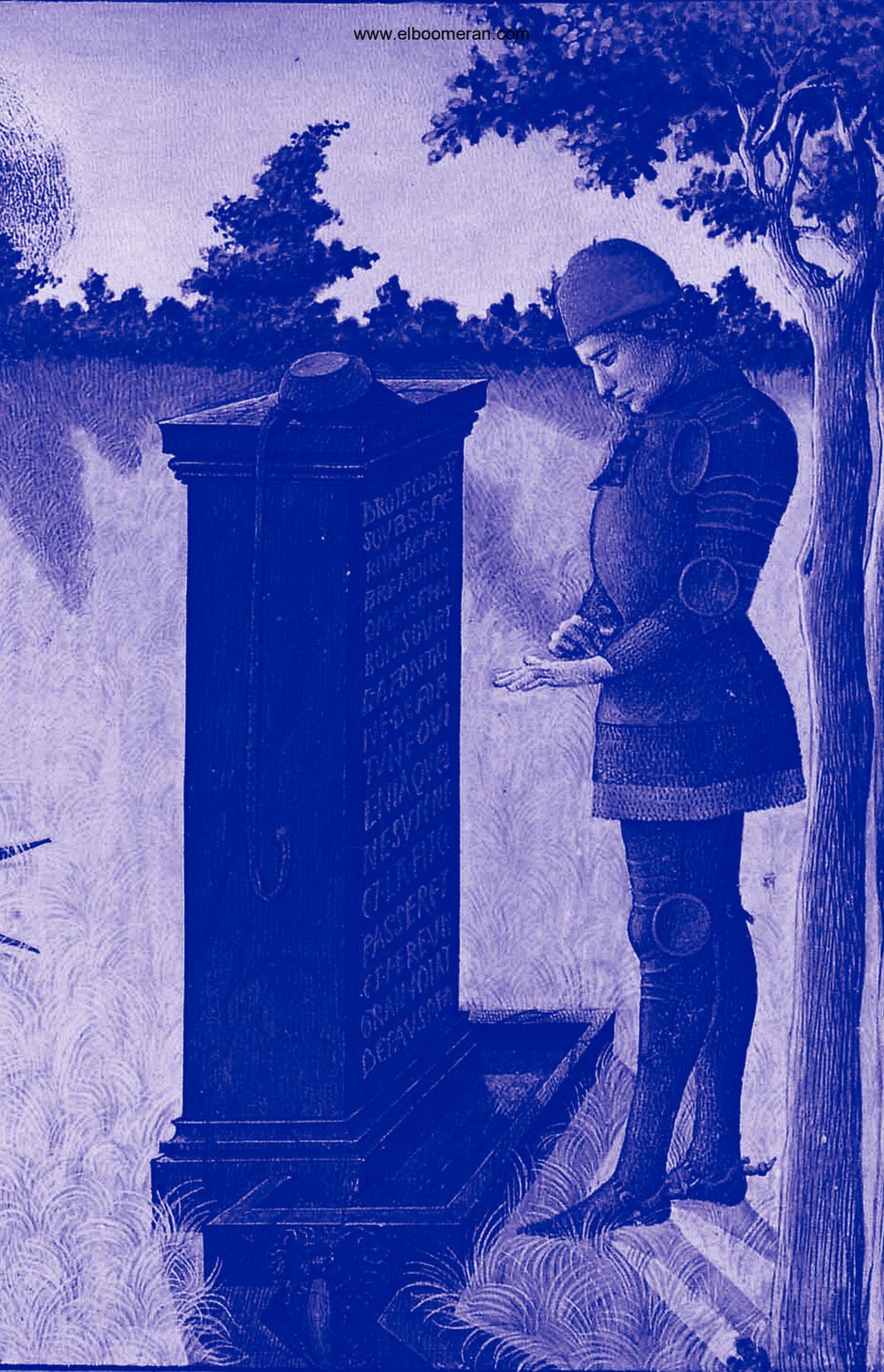
The illustration depicts a man in a white hooded robe lying on his side in a grassy field, resting his head on his hand. A large, stylized tree trunk stands in the center. To the left, a horse with a white mane and a red and white striped saddle is visible. To the right, a wooden cart with a red heart-shaped object on top is attached to a wooden pole. The background features a blue sky with a sun and a large, textured circular object in the upper right corner.

JAMES HILLMAN
**EL PENSAMIENTO
DEL CORAZÓN**

ATALANTA







IMAGINATIO VERA

ATALANTA

II 3



JAMES HILLMAN
EL PENSAMIENTO
DEL CORAZÓN

TRADUCCIÓN
FERNANDO BORRAJO



ATALANTA

2017

En cubierta y guardas: *Le cœur d'amour épris*, f. 15, siglo XV

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Thought of the Heart
and The Soul of the World*

© Margot McLean Hillman and Spring Publications, Inc.

© De la traducción: Fernando Borrajo

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-946136-8-5

Depósito Legal: GI 784-2017

Índice

El pensamiento del corazón

I. El corazón cautivo

15

«El corazón del león»

21

El corazón de Harvey

26

El corazón de san Agustín

32

II. El corazón de la belleza

43

Kalón kagathón y Jung

52

«Cuando cambiamos de naturaleza»

58

«El león ruge al desierto exasperante»

63

El azufre blanco y las ilusiones del corazón

66

Notas

73

Anima mundi:
El retorno del alma al mundo

La realidad psíquica

87

Anima mundi

95

Áisthēsis

100

Algunos efectos positivos

106

Conclusión

114

Índice onomástico y de obras citadas

119

Agradecimientos

«El pensamiento del corazón» surge de una conferencia pronunciada durante el congreso Eranos celebrado en Ascona, Suiza, en 1979. Una versión anterior apareció en el *Eranos Yearbook* 48, Insel Verlag, Fráncfort, 1979, págs. 133-182. Gracias a la autorización de la Fundación Eranos, el libro se reimprimió en formato pequeño en 1984 y 1987 con el título de *The Thought of the Heart*, Spring Publications, Dallas.

«*Anima mundi*: el retorno del alma al mundo», ahora ligeramente revisado, se publicó por primera vez en *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought* (1982), págs. 71-93. Originariamente fue una conferencia pronunciada en italiano en el Palazzo Vecchio de Florencia.

El pensamiento del corazón

El lenguaje no pertenece a la lengua, sino al corazón. La lengua es sólo el instrumento con el que se habla. Quien es mudo es mudo en el corazón, no en la lengua. [...] Déjame oírte hablar y te diré cómo es tu corazón.

Paracelso

I

El corazón cautivo

Quienes hayan tenido el privilegio de asistir a una conferencia de Henry Corbin en algún momento de su dilatada vida habrán presenciado una manifestación del pensamiento del corazón. Habrán sido testigos de su imaginación creadora, de su capacidad teofánica de hacer visible el rostro divino. También sabrán, en el fondo de sus corazones, que la comunicación del pensamiento del corazón se desarrolla de esa manera que él tan magistralmente dominaba como una narración, un relato de la vida imaginal como viaje a través de esencias imaginales, un relato de lo esencial. En él, la imaginación era todo presencia. Se estaba en presencia de la propia imaginación, de esa imaginación en la cual y gracias a la cual el espíritu se traslada desde el corazón hasta el germen de todas las cosas.

Ustedes habrán visto y oído también los temas que intentaré desarrollar en este ensayo, puesto que se encarnaron en la intensidad física de ese hombre de este mundo, Henry Corbin: la idea de un corazón soberano y noble, feliz, sutil como un animal, audaz, animoso y animador, que se deleita

en las formas intelectuales y las defiende con ardor, que acrecienta por igual su compasión y su poder visionario, que crea belleza en el lenguaje de las imágenes.

Gracias a lo que ha hecho en su obra –y sigue haciendo, puesto que la presencia de una persona no depende sólo de su visibilidad: el Henry Corbin invisible está entre nosotros–, gracias a él, decía, las bases de nuestro trabajo ya están sentadas. No tenemos que establecer el principio fundamental: que el pensamiento del corazón es el pensamiento de las imágenes, que el corazón es el asiento de la imaginación, que la imaginación es la auténtica voz del corazón, de modo que, si hablamos con el corazón, tenemos que hablar imaginativamente. Dado que el principio fundamental ya ha sido establecido por él, nosotros podemos explorar los afluentes de la corriente principal.

Nuestro trabajo no consistirá tanto en inspirar al corazón mediante relatos de la vida imaginal, como hizo él, cuanto en redescubrir el corazón en sus figuraciones concretas e inmediatas, en su exilio, en una imaginación a la que Corbin califica de «cautiva» (*SB*, pág. 146),¹ donde el pensamiento del corazón está adulterado por las actuales enfermedades cardíacas: el sentimentalismo personalista, la brutalidad de la eficiencia, el engrandecimiento del poder y la simple efusión religiosa.

El talento y la habilidad de Henry Corbin nos permitieron experimentar pensamientos procedentes de otra lengua y otra cultura como si pertenecieran a nuestro propio corazón. Corbin hablaba desde dentro de su discurso; él era sus palabras. Esta capacidad retórica imaginativa es el *himma* del que habla Corbin en su estudio sobre Ibn ‘Arabī:

Ese poder del corazón es lo que designa específicamente la palabra *himma*, una palabra cuyo contenido tal vez aclare

mejor el término griego *enthymesis*, que significa la acción de meditar, concebir, imaginar, proyectar, desear ardientemente: dicho de otro modo, de tener (algo) presente en el *thymos*, que es fuerza vital, alma, corazón, intención, pensamiento, deseo. (CI, pág. 224)

Como explica a continuación, este *himmā* –el pensamiento del corazón en Ibn ‘Arabī– es capaz de hacer esencialmente real un ser externo a la persona que está en esa situación de *enthymesis*. El *himmā* hace «reales» las figuras de la imaginación, esos seres con los que dormimos, paseamos y charlamos, los ángeles y demonios que, según Corbin, se encuentran fuera de la propia facultad de imaginar. El *himmā* es el medio a través del cual las imágenes, que consideramos invención nuestra, se nos presentan como algo ajeno, como creaciones puras, como criaturas auténticas; y, en opinión de Corbin, sin el don del *himmā* caemos en los modernos engaños psicológicos. Interpretamos erróneamente el modo de ser de esas imágenes, las figuras de nuestros sueños o las personas de nuestras fantasías. Creemos que esas figuras son subjetivamente reales, cuando lo que queremos decir es que son *imaginalmente* reales: tenemos la ilusión de que son invención nuestra, de que nos pertenecen, de que forman parte de nosotros, de que son visiones. O bien creemos que esas figuras son externamente reales, cuando lo que queremos decir es que son *esencialmente* reales: tal ocurre con las ilusiones de la parapsicología y las alucinaciones. Confundimos lo imaginal con lo subjetivo e interno, y lo esencial con lo externo y objetivo.

No podríamos seguir adelante sin estas aportaciones de Corbin, pues en nuestra cultura carecemos de una psicología y una filosofía adecuadas del corazón y, por lo tanto, también de la imaginación. Nuestros corazones no se dan

cuenta de que son corazones imaginativamente pensantes, porque siempre se nos ha dicho que la mente piensa y el corazón siente, y que la imaginación nos confunde alejándonos de ambos. Incluso cuando admitimos las razones del corazón, lo que estamos admitiendo son las razones de la fe o del sentimiento, pues hemos olvidado que la propia filosofía –la demostración más profunda y compleja del pensamiento– no es «sabiduría» ni «verdad» en el sentido abstracto de «sófico».² Antes bien, la filosofía comienza en un *philos* que surge del corazón de nuestra sangre, junto con el león, la herida y la rosa. Si queremos recuperar lo imaginal, primero debemos recuperar su órgano, el corazón, y su tipo de filosofía.

La filosofía define el mundo mediante las imágenes de las palabras; debe surgir del corazón para poder describir el mundo fielmente, puesto que, como dice Corbin, ese sutil órgano es el que percibe las correspondencias entre las sutilezas de la conciencia y los niveles de existencia. Este conocimiento tiene lugar por medio de imágenes que constituyen una tercera posibilidad entre la mente y el mundo. Cada imagen combina en su interior cualidades de la conciencia y cualidades del mundo, que expresan, mediante la misma imagen, la compenetración de la conciencia y el mundo, pero siempre y únicamente como imagen fundamental de esa combinación. Esta inteligencia de la imaginación reside en el corazón: «inteligencia del corazón» connota simultáneamente conocimiento y amor por medio de la fantasía.

Si dicha filosofía es un hecho del corazón, los hechos del corazón pueden ser considerados filosóficos. El trabajo del corazón es pensamiento imaginativo, aunque se disfrace de filosofías que parecen desprovistas de imágenes y de corazón. Ese pensamiento imaginativo puede

disfrazarse incluso de filosofías o psicologías de su misma naturaleza, es decir, de teorías del corazón. Tendremos que examinar algunas de ellas para poder rescatar de esos disfraces una verdadera filosofía que tiene su origen en el propio corazón imaginal: el corazón de Corbin.

Pero antes debemos relacionar el corazón imaginal de Corbin con el corazón de la psicología profunda: el de Freud. Pues Freud proporciona la ocasión paradigmática para la aparición del pensamiento del corazón en el seno de esa conciencia occidental que carece de una filosofía que le permita meditar adecuadamente sobre su propio corazón. Aunque la relación entre Freud y Corbin pueda parecer forzada, vale la pena destacarla, pues Corbin puede salvar a Freud de la Caída, de una reducción descendente. Esa relación nos permite contemplar siempre a Freud a través de los ojos imaginales de Corbin.

Los comienzos del psicoanálisis, por ejemplo, se caracterizan por dos sucesos señalados. Mirándolos a través de los ojos de Corbin nos parece que tienen el mismo origen. Esos sucesos, recordaremos, son el hecho de que la primera paciente a la que Josef Breuer –colega de Freud– aplicó el nuevo método se enamoró de tal forma del viejo doctor que la transferencia –como se denominaría más tarde– apartó a Breuer para siempre del psicoanálisis.

El segundo suceso fue que, a medida que los pacientes descargaban sus corazones mediante detalladas imágenes de la memoria, sus historias pasaban de la realidad a la ficción, de los recuerdos prosaicos a las invenciones fantásticas (*in-venio* = incursiones, correrías), de la historia a la imaginación.

El amor y la imaginación entraron en el psicoanálisis a la vez. Desde sus inicios el psicoanálisis dio prioridad al *thymos* del corazón –al que denominó «deseo», *Wunsch*– como principio explicativo. El paciente era una criatura de

la *enthymesis* y en ella se estaba despertando el *himma*. La presencia del psicoanalista, Freud o Breuer, se convirtió en el primer portador de las figuras imaginales. Transferencia, sí, pero ¿de dónde? No sólo de la infancia y de la reducción descendente, sino también de la infancia platónica y del recuerdo apriorístico de presencias imaginales transferidas junto con nosotros a esta vida y al origen de su amor.

Cuando nos enamoramos, comenzamos a imaginar; y cuando comenzamos a imaginar, nos enamoramos. Hasta el día de hoy, la psicología profunda está condicionada por esa conexión necesaria entre el amor y la imaginación, pero carece aún de una filosofía que la acoja. Todavía no ha leído a Corbin como a un clásico del psicoanálisis: se ha adentrado en el corazón sin una filosofía de su pensamiento.

Veamos ahora los disfraces. Cuando, desde nuestro exilio, nos situamos en el corazón contemporáneo y comenzamos a imaginar a partir de él, nuestras imágenes se desplazan en distintas direcciones y cada una de ellas constituye una filosofía del corazón. Examinemos estas fantasías habituales como si fueran expresiones del corazón en nuestra cultura.

En primer lugar, mi corazón es mi humanidad, mi determinación de vivir, mi fuerza y mi intensa pasión. Gracias a él, nada me es ajeno;³ todo tiene cabida en su reino de dignidad. Mis virtudes más nobles emanan del corazón: la lealtad, la audacia heroica, la compasión. Llamemos a esto «el corazón del león», *Cœur de Lion*.

En segundo lugar, mi corazón es un órgano del cuerpo: es un músculo o una bomba, un mecanismo complejo y un depositario secreto de mi muerte. Llamemos a este corazón palpitante «el corazón de Harvey».

En tercer lugar, mi corazón es mi amor, mis sentimientos, la sede de mi alma y mi sentido de la persona; es el lugar donde habitan la intimidad, el pecado, la vergüenza, el deseo

y la divinidad insondable. Llamemos a esto «el corazón personal», «el corazón de san Agustín».

«El corazón del león»

El primero de estos corazones procede del folklore, la astrología, la medicina simbólica y la fisonomía. El corazón del león es como el sol: redondo, pleno y compacto. Los símbolos clásicos de este corazón son el oro, el rey, la rojez, el *sol*, el azufre y el calor. Resplandece en el centro de nuestro ser e irradia energía: magnánimo, paternal, esperanzador.

Ficino dijo que la naturaleza del corazón es cálida y seca y que el calor es lo que mejor se adapta al universo. El pensamiento del león siente tal pasión por la vida, es tan acorde con el mundo, que forma una unidad con la voluntad, mostrándose al mundo entronizado como rey, amarillo como la luz del día, estruendoso como un rugido, inamovible como el dogma. El pensamiento se presenta a sí mismo como volición, estado de ánimo, amor, vitalidad, poder o imaginación, y no se reconoce a sí mismo como pensamiento porque no es un razonamiento reflexivo, introspectivo y abstraído de la vida.

Una característica fundamental del corazón del león es que *cree*, y cree que no piensa. De modo que su pensamiento aparece en el mundo como proyecto, deseo, interés, misión... Piensa y actúa a la vez. Ése es el pensamiento audaz que nos hace entrar en combate, pues Marte cabalga sobre un león rojo, y los héroes –David, Sansón, Hércules– han de saciar el hambre voraz de hazañas que hierve en su poderoso pecho.

Así pues, la primera característica básica del corazón del león es que su *pensamiento no se muestra como tal* porque

fluye como el sol en dirección al mundo y permanece así camuflado en su movimiento.

Otro rasgo fundamental de esta conciencia cardíaca ha sido descrito por D. H. Lawrence en su fisiología simbólica:

En el plexo cardíaco [...] allí en el centro del pecho, tenemos un nuevo gran sol de conocimiento y de existencia [...]. Aquí sólo sé –deliciosa revelación– que tú eres tú. El asombro ya no está dentro de mí, en oscura, centrífuga, exultante identidad. El asombro me ha abandonado. El asombro está fuera de mí [...]. Dirijo la mirada con asombro, con ternura, con anhelo jubiloso hacia lo que está fuera de mí, más allá de mí.⁴

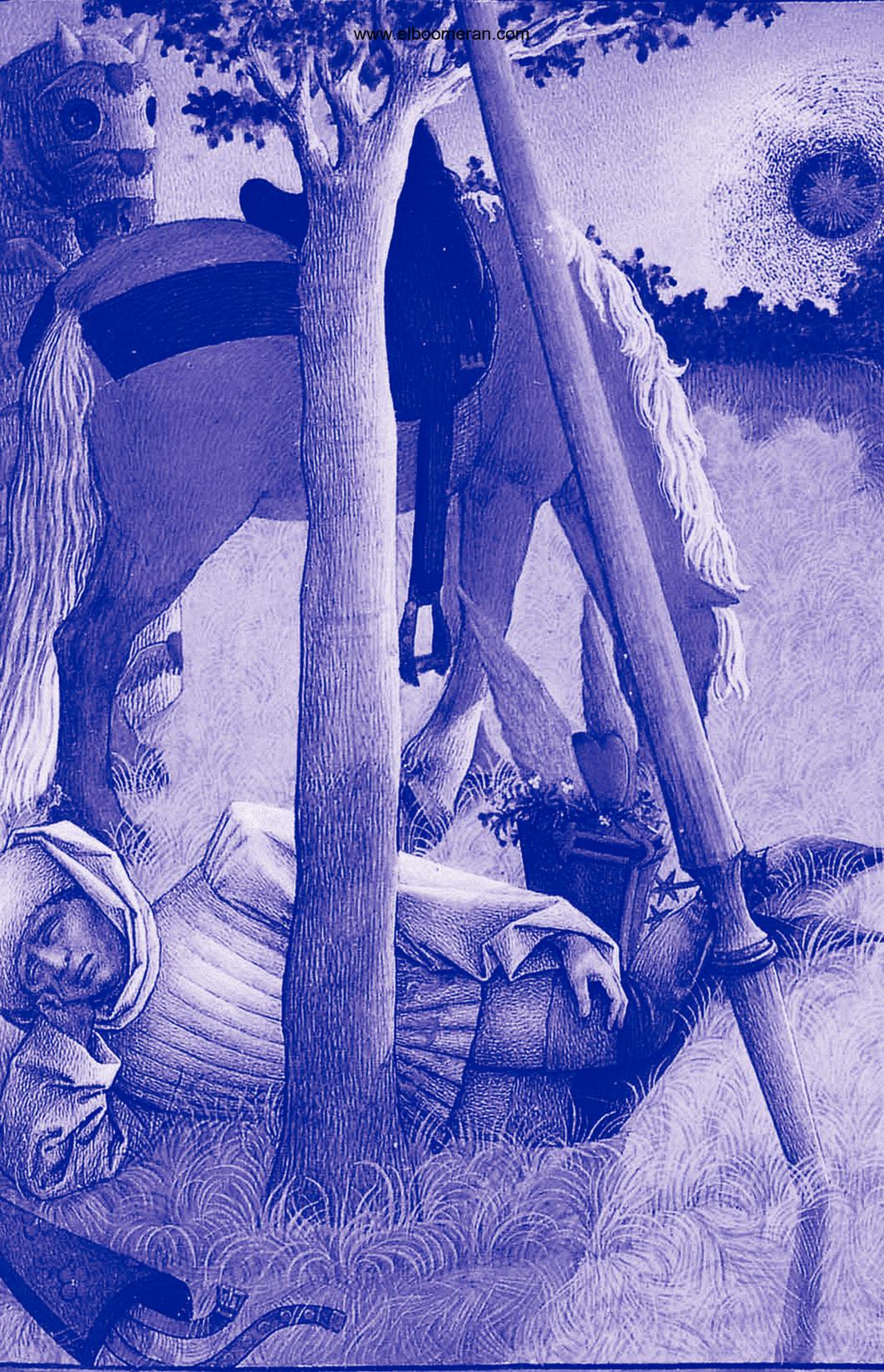
La absoluta otredad de su dirección, ese movimiento hacia el exterior, produce lo que Jung ha dado en llamar el «cuerpo oscuro» situado en el núcleo de la conciencia del yo: su ceguera con respecto a sí mismo. Pues este corazón no sólo desconoce que piensa, sino que su pensamiento está completamente coagulado por las objetivaciones. Su amor y voluntad son tan enteramente uno –él mismo y otro; él mismo y Dios– que su visión del cosmos es monista y monárquica,⁵ un *arche*, monoteísta, y el corazón siempre uno. El entusiasmo monárquico es lo que caracteriza su típica psicopatología, la psicopatología de la *intensidad*: las rítmicas sístole y diástole del corazón, magnificadas, se singularizan intensamente, volviéndose desequilibradamente frenéticas o depresivas, generosas o egocéntricas, enérgicas o perezosas.

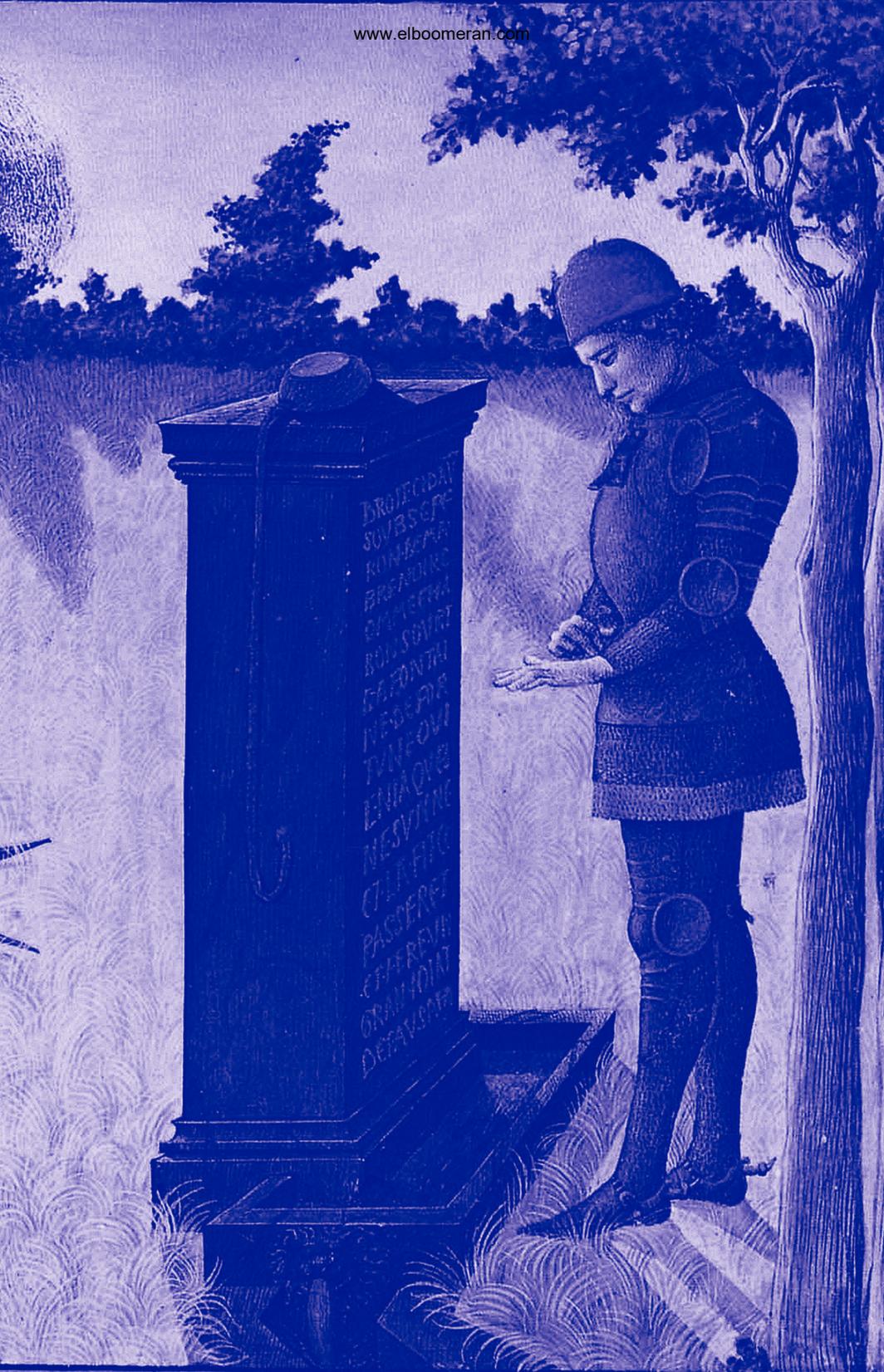
Así pues, el trabajo de conciencia para el corazón del león consiste en reconocer el constructo arquetípico de su pensamiento, en reconocer que sus acciones, deseos y firmes creencias no son más que imaginaciones –creaciones del *himmer*– y que lo que él experimenta como vida, amor y

mundo es su propia *enthymesis* con apariencia exterior de macrocosmos.

La psicología alquímica condensa sorprendentemente las dos características del corazón del león –la conformidad de su pensamiento y su objetivación– en la sustancia alquímica del azufre,⁶ el principio de «combustibilidad»,⁷ la *magna flamma*. «¿Dónde se encuentra el azufre?», pregunta Kramer, un benedictino inglés del siglo XIV. «En todas las sustancias, en todas las cosas del mundo: metales, hierbas, árboles, animales y piedras son los yacimientos de donde se extrae.»⁸ Todo lo que se ilumina de repente enciende nuestra alegría, irradia belleza (cada arbusto es un Dios en llamas): ése es el azufre alquímico, la imagen inflamable del mundo, su flogisto, su aureola de deseo, *enthymesis* por doquier. Esa abundancia de lo divino, a la cual aspiramos al consumirla, es la imagen activa que hay en cada cosa, la imaginación activa del *anima mundi* que inflama el corazón y lo pone al descubierto.

Al mismo tiempo que arde, el azufre también se solidifica; eso es lo que pega: el mucílago, «la cola», el aglutinante, la viscosidad del acoplamiento.⁹ El azufre literaliza el deseo del corazón en el instante mismo en que el *thymos* se entusiasma. La combustión y la coagulación se producen simultáneamente. El deseo se hace indistinguible de su objeto. Estoy unido a lo que me quema; estoy ungido con la grasa de mi propio deseo, soy prisionero de mi propio entusiasmo, y por tanto estoy exiliado de mi propio corazón cuando creo que más me pertenece. Perdemos el alma justo cuando la descubrimos: «Dulce Helena», dice el Fausto de Marlowe, «hazme inmortal con un beso. / Sus labios aspiran mi alma: ¡mira hacia donde vuela!». Por eso Heráclito tuvo que oponer *thymos* a *psique*: «Cuando el *thymos* desea algo, lo compra a costa del alma» (DK: 85).





FRUCTUS
SOLVESCERE
NON DEBEAT
BREVIOR
COMMITTI
RELIQUIA
EADENTIA
NECESSARI
TANTUM
LIMBO
MESVING
CITATA
PASSERE
CITATA
GRANDI
DEVIANT

Imaginatio vera

«[...] tenemos que establecer el principio fundamental: que el pensamiento del corazón es el pensamiento de las imágenes, [...] que la imaginación es la auténtica voz del corazón, de modo que, si hablamos con el corazón, tenemos que hablar imaginativamente.»

James Hillman

Con la brillantez intelectual que le caracteriza, James Hillman considera en el primer ensayo de este libro que la «psicología profunda» debe ir más allá de cualquier terapia o consideración individual, para enseñarnos a recuperar la experiencia vital del corazón y del alma a partir de la antigua sabiduría planteada por Platón, Ficino y Henry Corbin. Hillman elimina de entrada los prejuicios mecanicistas y apunta a una nueva dirección que denomina «psicología profunda de la extroversión». Una suerte de terapia que se expresa mediante imágenes y potencia el poder imaginativo.

En su segundo ensayo, Hillman conduce la psicología arquetípica hacia una nueva senda que destaca la urgencia de hacer retornar el alma al mundo para así poder sentirnos parte de él y entablar una relación más íntima y profunda con nuestro entorno.

James Hillman (1926-2011), psicólogo y analista junguiano estadounidense, fue uno de los principales representantes de la escuela arquetipal en psicología analítica. Fundador del Dallas Institute of Humanities y director de la revista *Spring*, fue director del Instituto Jung en Zúrich, así como colaborador asiduo de las conferencias de Eranos. De su vasta obra se han traducido al español: *El sueño y el inframundo* en Paidós, *El código del alma* en Martínez Roca y *Re-imaginar la psicología, El mito del análisis y El pensamiento del corazón* en Siruela. Atalanta lleva publicadas dos ediciones de *Pan y la pesadilla*.

